

ALEJANDRÍA

Padre Pedro José Ynaraja

Cuando uno llega a cierta edad y por una parte tiene nociones del extenso saber que se ha ido cultivando y su correspondiente progreso y por otra de las limitaciones que comporta el pretender asimilar todo lo que le gustaría conservar en su memoria, tiene el peligro de caer en justa depresión, sin que llegue a serlo clínica.

Por una serie de fatales coincidencias, no pude visitar Constantinopla, tampoco Antioquía. Lo lamento, pero he visitado en bus, con utilitario que yo mismo conducía y a pie y de las tres diferentes formas en varias ocasiones, la eterna Roma. Bastantes veces más Jerusalén y también de las tres maneras. Me faltaba Alejandría, que nunca pensé podría visitar, pero que la retenían mis ensueños.

La teología primitiva se coció entre estas ciudades, a decir verdad, la Roma pontificia pintó poco en la elaboración, o más bien definición, del dogma.

Cambio de tercio, para alejarme así de divagaciones impropias de un reportaje

Se encadenaron ciertos proyectos deseados, aquellos que entran en los cabales deseos de todo amante de la Biblia. Los deseé e imaginé y se los comuniqué a Fra Rafael Dorado, de la Custodia Franciscana. Mis deseos, la bondad de Dios y la amabilidad del buen fraile, coincidieron. El resultado fue una estancia en Tierra Santa de 29 días, cosa insólita, nunca imaginada, sin antecedentes, y que no creo vuelva a repetirse.

Ni más ni menos se concretaban en Palestina e Israel, Jordania y el recorrido bíblico de Éxodo, este último tramo, el único que me era totalmente desconocido, a partir de dejar a la espalda los paisajes del Sinaí y dirigirnos hacia el oeste. El impresionante Serval, los oasis, las fuentes de Masá y las tierras nilotas. Pero no fueron estas una meta, sino el inicio de otro proyecto.

Ya conté la visita a las iglesias coptas en El Cairo, hoy me referiré a mi visita a Alejandría. Era un sueño. Un sueño maravilloso, muy superior a la experiencia de situarse en esta población. Si no hubiera sido por el enorme interés en ver lo que no veía con los ojos del entendimiento, pero que podía contemplar escondido bajo el paisaje, la visita la juzgaría decepcionante.

Uno ha leído tantas crónicas referentes a la famosa biblioteca, a sus contenidos y destrucciones, que espera que algo de aquello se conserve. Pues no, y no le está permitido lamentarlo.

Cambia uno de visor y dirige la vista y la cámara a lo que se le ofrece hoy, que no es moco de pavo, dicho sea de paso. Debe uno acercarse a la enorme y singular mole arquitectónica y admirarla, olvidando historias antiguas. El saber universal está representado por la ornamentación exterior de los muros. Graffias de todos los idiomas en relieve, muchas más de las que uno cree conocer son la decoración del edificio. Hay que reconocerlo, con tan simple idea, se logra una belleza arquitectónica a la que acompaña un expresivo lenguaje. Supongo que se quiso ser fiel a la norma musulmana de no representar plásticamente seres vivientes.

Al aproximarse uno a los lugares de entrada, admirando la belleza de sus líneas, le pasma mucho más el contenido humano que las rodea y pulula. En principio, uno podía imaginar melencólicos, barbudos y encapotados personajes, cargados de legajos. Serios y cabizbajos sabios de manual, ausencia total femenina, que necesariamente debía estar junto a los fogones cocinando, así hubiera sido en anteriores, muy anteriores, siglos. Nada de eso se observa hoy. Discreto bullicio, alegres semblantes, superior abundancia femenina. Eso es lo que le parece contemplar.

Le está permitido al simple turista mirar y ver, aislado acústicamente y desde discretos ángulos, el interior. Nadie le ha cobrado entrada, dicho sea de paso. Ve a la juventud en silencio, entregada al estudio. Las fotografías que puedan acompañar a este artículo necesariamente carecerán de nitidez, pero serán lo suficientemente expresivas para captar el interés por el estudio, que refleja esta juventud que ocupa las mesas de lectura.

Es preciso alejarse de la biblioteca, si uno quiere satisfacer otros intereses.

¿Dónde estaba el islote en el que se levantaba la enorme columna en cuya cúspide ardía un fuego orientador para las naves que se desplazaban por el Mediterráneo?. El islote que se llamaba faro y de aquí que los sucesivos y perfeccionados artilugios que orientaban a los navegantes, hasta hace muy poco pertrechados de linternas eléctricas, se les haya llamado faros. Por allá, por donde ahora ves la fortaleza, estaba el que fue considerado una de las siete maravillas de la antigüedad, me contesta Fra Rafael, mientras comemos pescados y mariscos. Me dice él que son apetitosos, famosos y apreciados estos bichos marinos, mientras los saboreamos en la terraza de un restaurante cercano al mar.

¿Qué queda de la antigua población, en la que una persona se dejó arrebatarse por el Espíritu divino y redactó el Libro de la sabiduría, en la que legendariamente setenta varones en setenta días, tradujeron Biblia a la lengua griega, que era la común y más extendida de aquel tiempo, la que por ello y sin que nadie se crea la historieta se edita con el nombre de Septuaginta. ¿Qué se conserva de la Alejandría de Filón y la de tantos padres de la Iglesia que vivieron, pensaron, escribieron y todavía se nos ofrece hoy como rico contenido patristico?

Nada, no queda nada, me dicen. No puede ser, contesto. Pues, vete tú mismo a ver cuatro piedras que es lo único que podrás encontrar. No lo dudo y me voy. Quiero respirar el aire que respiraron tantos sabios, el que respiró el hagiógrafo que dócil al Espíritu, escribió el libro sapiencial que he mencionado. Confieso que después de esta visita, saboreo con mayor deleite la lectura del Libro de la sabiduría, cuando me lo encuentro en la Liturgia de las Horas.

Si el director incluye entre las ilustraciones de este artículo la de una enorme columna, sepa el lector que se trata del pilar de Pompeyo, que pertenecía al Serapeo, templo erigido al dios egipcio Serapis.

En las guías de Alejandría se pone una larga lista de museos, iglesias, sinagoga, etc , que no pongo en duda, pero que no visité. Lo que me interesaba lo quería ver incluido en el paisaje y es de lo que he hablado.

Deja uno la capital insatisfecho, contento también. La apreciada compañía que he tenido, se suma a los valores positivos y al volver duermo feliz.